



LA ÚLTIMA PALABRA

MARTA SANZ

“No me gusta la literatura que trata al lector como a un cliente”

PREGUNTA: Fue Herralde quien le propuso que su Arturo Zarco protagonizara una serie. ¿Ofreció resistencia?

RESPUESTA: Herralde se anticipó a mis propios deseos demostrando, una vez más, que es un excelente editor.

P: ¿Siente que con el lenguaje Zarco ha dado en el clavo? ¿Es su invención favorita?

R: Cada historia que se quiera contar ha de buscar su voz y su lenguaje. Zarco es la voz que da en el clavo de *Black, black, black* y de *Un buen detective...*

En otros lugares sería un elefante en una cacharrería.

P: ¿Y por qué lo maltrata tanto?

R: Porque escribo sobre una realidad violenta que genera una violenta retórica de seducción. Zarco como seductor y como seducido, violenta y es violentado.

P: Dice Escohotado que hoy la homosexualidad es también un mecanismo de defensa para hombres debilitados ante mujeres más fuertes. ¿No hay algo de eso en su libro?

R: Da usted en otro clavo: ése es uno de los temas fundamentales de *Un buen detective...*

Y no lo digo por Zarco, sino por un podólogo que aparece y tiene un aire a Alain Delon.

P: ¿Las novelas de Zarco y su ex-mujer Paula son policíacas extravagantes o extravagancias con toque policíaco?

R: Son novelas. Novelas que toman elementos del género negro, de los cuentos de hadas, del realismo decimonónico, de Henry James, de la poesía y de algunos heterodoxos y extravagantes.

Después de *Black, black, black*, Arturo Zarco, el verborreico detective gay imaginado por Marta Sanz (Madrid, 1967) reclamaba una segunda aventura. Y aquí está. *Un buen detective no se casa jamás* (Anagrama, 2012) es un policíaco y, al tiempo, un cuento de hadas realista y violento sobre los hombres y mujeres de hoy.



GUSI BEJER

P: ¿La novela negra levanta acta de la sociedad porque el mundo de hoy es criminal?

R: El mundo de hoy es impasible y peca de un exceso de pulcritud. Todo pasa siempre en la habitación de al lado: no queremos mancharnos las manos ni ser protagonistas de lo épico. A veces lo cuenta el buen género negro y a veces otro tipo de libros.

P: En su libro, el amor es una pugna entre poderes disímiles. ¿La relación entre iguales es un cuento chino?

R: Creo que hoy no resulta válida la consigna de que “vamos todos en el mismo barco”. A veces hay que escupir en la sopa y morder la mano que te da de comer. Sea en la intimidad del amor o en el espacio público.

P: Su título es de Chandler. ¿Es su modelo?

R: Chandler me encanta, pero elegí el título porque esta novela, además de hablar de amor, contraviene los preceptos en literatura: no hay normas para construir buenos detectives ni tener un estilo desnudo implica ser expresivamente eficaz. El

silencio es una forma de la exageración.

P: *Un buen detective...* cuesta 19'90 euros en papel y 14'99 en digital. ¿No es caro lo último?

R: Yo no llego a ser siquiera milerista. Todo me parece caro. También el pan y la cerveza.

P: ¿Le piratean mucho? ¿Le fastidiaría que lo hicieran o se sentiría, en secreto, agradecida?

R: Un escritor aspira a que lo lean. Pero, aunque parece que está feo que hablen de dinero, los escritores también aspiran a vivir de su trabajo. El problema es que ya no somos ni los sacerdotes del templo de la literatura ni dignos trabajadores afiliados a un sindicato.

P: Creo que no le gusta mucho la literatura que se hace hoy en España.

R: Sí me gusta mucha de la literatura que se escribe hoy en España. Alguna incluso me gusta mucho. Lo que no me gusta es la cursilería, la falsa autoyuda, lo confortable, la literatura que no asume ningún riesgo y trata al lector como a un cliente.

P: ¿Se siente parte de un grupo de narradores “políticos”?

¿Con Gopegui, Rosa, Reig...?

R: Somos narradores muy diferentes entre los que existe una sintonía ideológica. También somos amigos.

P: ¿Qué le hurta la política aplicada a una novela que se compensa con qué ventaja?

R: Cuando habla de política ¿se refiere a marxismo, a socialismo utópico, a anticapitalismo? Porque parece que la otra “política” no aparece nunca en las ficciones, ni para afeirlas. Y, sin embargo, ahí está. Escribir una metáfora, y no otra, es una forma —y no otra— de mirar y de estar en el mundo.

P: ¿A usted tampoco le representan?

R: A mí algunos llevan representándome hace muchos años. El problema es que somos pocos. Pero no cobardes. **DANIEL ARJONA**